

Pero cuando los pastores llevaron á abrevar sus rebaños, fué circulando un rumor salido de los labios de las mujeres: ¡La perla de Phayr perdida y profanada! ¡Daidha fascinada por los ojos del extranjero! De todas partes surgió un murmullo de horror, y la muchedumbre corrió amotinada en busca de Cedar. El esclavo, perseguido, inerme y sin jueces que le oyeran, acudió á refugiarse á la puerta de Selma; pero las madres, los hijos y sus rivales triunfantes al ver su frente inclinada, excitados por el odio y por la envidia, se le anticiparon y satisficieron en él su insano y cobarde afán de venganza.

—¿Eres tú, gritaban, vil chacal nocturno, el que nos roba los corazones de nuestras castas hermanas? ¿Y pretendes que sea para tí, mudo abyecto que ni siquiera eres un hombre, alimaña que ignoras hasta el nombre que te dan; tú que mancillas la mirada que por acaso se fija en tí, y á quien el onagro y el perro arrojarían de su cama; pretendes que sea para tí Daidha, la flor de los ojos que nuestra alma respira?

Y mezclando la rabia con el sarcasmo, inventaban á porfía alguna afrenta, y éste le arrojaba barro ó le escupía en la cara, aquél le lanzaba un trozo de peña, otro le clavaba una flecha, y en su cobardía, y mofándose de sus miembros ligados, le derribaban al suelo, le pisoteaban, y no atreviéndose á darle muerte para satisfacer su encono, cada cual le prodigaba un tormento ó un ultraje. Cuando aquellos viles corazones hubieron vaciado todo su caudal de insultos é improperios, quedó en tierra apedreado, y aquellos tigres, saciado ya su odio, le dejaron cuando ya asomaba á su frente la nerviosa palidez de la muerte.

Y tú, pobre virgen encadenada, ¿qué hacías al oír los gritos de tu Cedar, derribado por las hondas? No atreviéndose á despertar á su madre que dormía, cada insulto llegaba desde lejos á su oído; la befa amarga y el afrentoso ultraje laceraban su corazón y subían hasta su rostro; su alma se estremecía de

ira en su seno como el feto que se mueve en el claustro materno; cada golpe que resonaba en la roca creía sentirlo en sus agitados miembros; cada impulso que el horror comunicaba á su pecho conmovía con sacudida igual la raíz á que estaba atada, y sus cabellos, sujetos con siete nudos á las rocas, casi se desprendían de su cabeza á fuerza de desaforados tirones. Al oír los golpes sordos y los lamentos de aquella voz, procuraba inútilmente con mano convulsa deshacer las ataduras que agarrotaban sus piés; de sus lastimados miembros brotaba copiosísimo sudor, y sus esfuerzos solo servían para apretar más y más los lazos que la aprisionaban. Por último, en un arrebato de frenética rabia y á la manera de la zorra trabada por un muchacho, que lima con sus dientes los anillos de hierro que la oprimen, así también la jóven, royendo con sus dientes su negra cabellera y desprendiéndose poco á poco de sus nudos, acabó por romper su cadena, precipitóse fuera de la cueva, y acudió, guiada por un sordo gemido, junto al cuerpo de su amante.

La luna, que aún no estaba en su plenilunio, rasaba las copas de los árboles en la cumbre de los montes, desbordando apenas de ellas, y los negros troncos, interceptando sus rayos, muy bajos todavía, formaban un crepúsculo en el que era forzoso andar á tientas. Daidha procuraba amortiguar el ruido de sus pasos sobre la silenciosa yerba para que esta guardara discretamente el secreto de su marcha, é inclinada la cabeza y extendidos los brazos, andaba como la cierva que husmea el viento. El soplo entrecortado de un aliento oprimido la condujo al sitio en que estaba Cedar, é inclinándose sobre éste y levantando los brazos que el horror la obligó á extender, devoraba con los ojos sus facciones ensangrentadas.

El esclavo estaba desmayado sobre un montón de piedras,

cubierta la frente de palidez mortal, cerrados los párpados, y el cuerpo traspasado de flechas: en el exceso de sus tormentos había perdido hasta el sentimiento del dolor, y advertiase en él ese sosiego en que el alma, aturdida por la fuerza del golpe, fluctúa entorpecida entre el sueño y la muerte. Por sus miembros corría glacial sudor; surcaban su piel algunos rastros sangrientos, y su perro, único sér que le acompañaba, olfateando sus heridas, las lamía una tras otra con su lengua de amigo.

Daidha se inclinó sobre el cuerpo de Cedar y aplicó el oído á su amortiguado aliento; y observandó que su corazón palpitaba aún bajo su mano y viendo que recobraba el color al calor de sus besos, sintió que renacia su esperanza y que con ella su amor cobraba nuevas fuerzas; le arrancó sucesivamente las flechas que por carecer de filo le habían causado heridas poco profundas; le besó las sienes en las cuales habían impreso las piedras cárdenas señales; fué á buscar agua en el hueco de la mano y lavó con ella las manchas de sangre que salpicaban su piel; púsose luego á coger, á favor de la luna, yerbas medicinales que arrancó hoja por hoja, las fué aplicando una á una, humedecidas aun por el fresco bálsamo de los cielos, en cada llaga regada por sus lágrimas, y las adhirió como un brazalete de ámbar que una mano amorosa enlaza en cada miembro; hecho esto, le quitó cuanto pudiera causar algún peso ó estorbo á su comprimido seno á fin de que respirara con toda facilidad el aire puro de la noche, y sentándose en seguida junto á él en el musgo, reclinándole suavemente la cabeza en sus brazos, sosteniendo tan dulce peso sobre sus temblorosas rodillas, y acercando su rostro á aquellos labios sin voz, mientras sus cabellos sueltos, cayendo como una nube, unían labio con labio y rostro con rostro:

—¡Cedar! le decía; ¡oh, habla, vuelve en tí! ¡Los infames se han marchado; abre los ojos; soy yo! ¡Ya no corre tu sangre,

oh esposo de mis ensueños! Mis cabellos cortados te han servido de esponjas; en mis rodillas descansas; tu cabeza está reclinada en mis brazos, y mi aliento orea tu rostro: ¿no vuelves en tí?

¿A quién no hubiera hecho revivir un acento tan próximo y tan tierno? Cedar no pudo oirla sin tornar al punto en sí, y exhalando un suspiro que le devolvió la vista y la voz, exclamó:

—¡Oh Daidha! ¿Eres tú? ¿Eres tú, grata ilusion, hálito de los labios de una mujer, el que devuelve el aliento á mi seno y la luz á mi alma? ¿Eres tú cuya boca?... ¡Oh cielos! ¡Huye, infeliz, huye! ¿Sabes tú lo que han dicho? ¿de dónde procedo? ¿dónde estoy? Sabes tú que á impulsos de su saña excitada por tu madre, yo moría por amarte, y tú mueres si.....

—¡Hermano mio, dijo Daidha, sellando sus labios con un beso, no huiré, no, aún cuando me hiciesen pedazos! Puesto que la malicia de las mujeres ha descubierto en nuestra mirada el amor oculto en los repliegues de nuestras almas, hable ya ese amor que nuestros corazones no se habían confesado jamás, y moriré contenta. ¡Sí, á ti era á quien yo amaba, mucho ántes de haber visto tu rostro, y en mis sueños infantiles ya besaba tu imágen! ¡A ti era á quien veía cuando cerraba los ojos, como se ve en la muerte el espíritu de nuestros abuelos! y cuando apareciste, descendiendo de los cielos tal vez, creí conocerte á pesar de no haberte visto nunca. Recibí de tu mano la salvacion de mi vida, sin que me causara extrañeza el brazo que acudía en mi socorro; y sin que mi gratitud inmensa pudiese aumentar en lo más mínimo este amor cuyo origen ignora mi corazón; pero la compasiva ternura lo hizo penetrar á mayor profundidad en mi seno, del propio modo que hundiendo la semilla en tierra se hace germinar la flor. Oponiendo mi ternura á sus enemistades, igualaba mi compasion reparadora á los males que te causaban, y cuanto más te humillaban ante mí, más se en-

tregaba á ti mi corazón ensangrentado. ¡Qué vínculos atraen á los que se aman! Mis piés se encaminaban involuntariamente hácia el árbol junto al cual dormías; tan ágil y leve era mi paso que apenas hollaba la yerba; mas al regresar, mis piés se resistían á alejarse de aquellos sitios. Cuando entraba acompañada de tu sombra en el interior de mi morada, el tedio que me consumía me hacía contar todas las horas en el cielo y hubiera deseado borrar del día y de la noche las que mediaban entre la partida y el regreso. Yo llenaba con tu recuerdo ese insoportable vacío de los días, y así como esas doradas plantas que, vueltas siempre hácia el sol, van mirando siempre la marcha ascendente de su astro, así también miraba mi alma constantemente hácia el sitio en que te hallabas; el acento de tu voz resonaba de continuo en mi oído, como el del niño que desvela á su madre, y siempre te oía en el silencio que en mi interior reinaba: tú me decías... no sé lo que me decías, pero yo te contestaba, y en estas pláticas me decías cosas que tenían de vivo rubor mis ardorosas mejillas. Y luego yo miraba, con el corazón y el aliento en suspenso, si los demás habían oído algo, ó visto el ruboroso carmin de mi rostro. Sin embargo, cuando me encaminaba en tu busca, me sentía tímida y vacilante, no sabía qué decirte, y á menudo se lo decía al viento para que el viento te lo repitiese! ¡Oh! ¡No hablaba á tu amorosa imaginación cuando al levantar hasta mi rostro tus inclinados párpados como si escucharas á alguien que te hablase en voz baja, empezabas á pronunciar palabras que dejabas sin terminar?

»Entonces era yo una criatura, mas á medida que con el tiempo maduraba mi juicio, dispóse toda esta felicidad quedando todo el amor, y bien sabes cuán tristes eran las miradas que nos dirigíamos; pero lo que ignoras, lo que te ocultaba, hermano mío, eran las lágrimas de compasión que me hacía derramar tu miserable suerte. ¡Si! ¡Cuántas veces, sentada á la sombra de la frondosa arboleda del bosque, me

ocultaba á tu vista para contemplar tus facciones, espiando tu mirada, tu actitud, tus ademanes, tus pasos y tu acento, para adivinar lo que pasaba en tu interior! Y al adorar la celestial belleza de tus ojos, al ver ese yugo vil de tu cautividad que pesaba sobre tu cuello sin envilecerlo, antes bien realizándolo como lazo que el águila rompe y remonta consigo al cielo, al ver profanado con indignos vínculos á aquel cuyas miradas hacían bajar las mias, á aquel que, descollando sobre todos los mortales, parecía un dios á quien los humanos hubiesen arrancado las alas, pensaba yo humillando la frente ante tí: «¡Por mi amor gime aprisionado; esa frente cuyo culto son mis ojos obedece por mí sin murmurar al muchachuelo que le insulta; por mí permite que le pisoteen esos hombres á quienes haría retroceder con un solo ademán!» Y mi corazón indignado se aborrecía á sí mismo por haber sido causa de la degradación del sér á quien amaba, y lo hubiera dado todo cien veces con tal de romper las cadenas de tu cuerpo ó sacrificarme por verte libre. Tus brazos ennoblecían á mis ojos esas ataduras, y por participar de ellas me era envidiable la suerte de los esclavos. Y sintiendo mi alma herida por las afrentas que te ocasionaba tu servidumbre, me golpeaba la frente sobre mis lastimadas rodillas, y de mis ojos brotaba continuo llanto como de dos manantiales inagotables, y mi seno oprimido entrecortaba mi aliento, y pasaba días enteros sollozando en secreto y deseando que no encaminases hácia mí tus pasos! Y temerosa de excitar nuevos rencores contra tí, me lavaba los ojos en las fuentes; al regresar sepultaba mis sinsabores en lo más profundo del corazón, y ostentaba mi frente serena, aunque llena de tinieblas el alma.

»¿Pero de qué me ha servido tan insensata prudencia? Mis manos han hecho traición á mi pensamiento al oír tu nombre; he desdeñado á sus hijos; han averiguado la causa de mi desden, y su menguada enemistad va á tomar en tí sañuda venganza de mi desvío. Ya han herido á flechazos y pedradas esos

miembros bañados con el agua de mis párpados. ¿Por ventura no he oído lo que han dicho y hecho? Volverán mañana á dar fin á su siniestra obra: el temor de Phayr aplaza tu suplicio; pero mi madre ha pedido justicia al anciano, afanosa por borrar con la muerte y el olvido el baldon de su sangre en mi corazón envilecido. ¡Sí, morirás apedreado por ellos ó vivirás tan sólo de ultrajes si no haces ilusoria tanta saña apelando á la fuga inmediatamente. ¡Huye pues sin mirar atrás; huye para no volver, pero llevando contigo mi vida y mi amor! ¡Herida mortalmente por la flecha de tus ojos, no tardaré en morir á los golpes de mis propias ideas; las gotas de mis ojos ahogarán mi corazón, como la lluvia torrencial troncha y deshoja la flor; pero fiel á tu memoria, oh hermano del alma, ningún hijo del desierto me dará jamás el nombre de esposa, y si en el seno de la tierra, en ese país donde moran nuestros antepasados, hay alguna región en que el esclavo tenga hermanas y dioses, para librarme de los furores de su celoso odio, iré á él á prepararte el lecho nupcial, y reunidos allí por siempre bajo otros firmamentos, iremos á amarnos en el cielo de los amantes!»

Y mientras así le hablaba con los labios aplicados á sus mejillas, corrían las lágrimas de la jóven como un arroyo entre sus largas pestañas sacudidas por los sollozos, y al sentir Cedar cómo caía sobre su frente aquel llanto ávidamente recogido por sus sedientos labios, bebía hasta las heces de aquel corazón que en él se deshacía. Al sonido de aquella voz que resonaba en su alma, permanecía enmudecido, enajenado, suspenso, sin atreverse á hacer un movimiento, un ademán, ó á dirigir una mirada que detuviera el celestial desbordamiento de tanto amor, á la manera del hombre abrasado por la sed que, encontrando en su camino á un niño que vuelve del pozo con un ánfora en la mano, acerca á ella sus ardorosos labios, y sin tomar aliento, apura hasta el fondo el líquido de la vasija.

El bálsamo divino de los acentos de la doncella convertía en voluptuosidad inefable la angustia de sus sentidos. Habiendo cesado de manar su sangre de todas sus heridas, agolpábasele al corazón, atraída á él por tan dulces palabras, y así como al llegar la primavera, el león enamorado atraído por los rugidos de la leona, corre y salta en pos de ella con las pupilas inflamadas, dejando en las puntas de las rocas mechones de crin y gotas de sangre, sin sentir, en su amoroso arrebato, el dolor de las espinas que taladran sus costados, así también Cedar no sentía ya los agudos dolores de sus lacerados miembros. Aquel amor que sus labios helados absorbían reconcentraba todos sus sentidos en una sola idea, y cuando cesó de oír la trémula y débil voz de Daidha, no se levantó, sino que de un brusco empuje saltó del suelo. Con los cabellos ondulantes cual si lo azotase la tempestad, levantando entrambas manos hasta el nivel de la cabeza y juntándolas con fuerza sobre su frente, corriendo de árbol en árbol y abrazando los troncos, sin escuchar al parecer la voz que lo llamaba, describió tres veces un gran círculo en torno de la jóven, y precipitándose luego á sus pies:

—¡Amarme tú, Daidha! exclamó; ¡yo esposo tuyo! ¡Hablar-me tú de amor durante la noche, y tener yo la dicha de escucharte! ¿Seguir bebiendo esas lágrimas que acabas de derramar? ¿Reclinar otra vez mi cabeza en tus brazos en tanto que tú me miras siempre así? ¿Sentir en mi cuello el leve temblor de tus labios como el agua que se agita á impulso del viento? ¿Confundir nuestro aliento y nuestras miradas? ¿Y pretender que huya, y suponer que me inspiren temor los golpes de esos cobardes? ¡Oh! ¡Bendito mil veces sea el yugo con que me sujetan! ¿Qué me importan sus golpes? Mira, ya estoy curado: tus labios han restañado al punto toda mi sangre. ¡Oh Daidha! Muera yo cien veces á tal precio, puesto que vivo cien veces en una hora como esta!

Y así diciendo se arrancó y pisoteó las yerbas vulnerarias

que la doncella habia aplicado á sus miembros, y llevando los cabellos de ésta á sus labios ardientes, prosiguió:

—«Cabellos de Daidha, sed mis únicas plantas! ¡Vosotros prestais grata sombra á la flor de mi terrestre Eden; para crecer aspirais el jugo de su corazon, y embalsamais el aire con el viento de su hálito! ¡Oh yo os regaré con la pura sangre de mis venas!»

Y los inundó de apasionados besos, y los enlazó como anillos á sus dedos.

Daidha, pasando á cada palabra de la muerte á la sonrisa, contemplaba en silencio á su amante. Cedar la cogió triunfante como la madre coge á su hijo de la cuna; la levantó del suelo gimiendo de júbilo, y arrobado al mostrar á las estrellas su presa, y levantándola hasta su corazon sin sentir su peso, la condujo así hasta lo profundo del bosque:

—¡Huyamos, la decia en voz baja, para que la luna no oiga estas cosas desde el cielo: sus rayos reflejados en las aguas parecen espiar nuestros pasos; huyamos para que no los muestre á tu madre!

Y la virgen temblando le devolvía sus caricias, enlazaba á su cuello robusto sus largas trenzas, y al sentir los labios de su amante sobre los suyos, creía que el viento trasportaba su espíritu á los cielos.

—¡Oh Cedar! decia ella, ¡oh! ¡cuán grande es la muerte cuando se corre así hácia ella en brazos del amor que nos arrebató! ¡Oh Cedar! ¡Lleva á donde quieras á la esclava de tu corazon, cuya cadena es tu brazo; sírvate este corazon de mujer de refugio contra sus cadenas: sé el esclavo de todos y el rey de mi alma! ¡Oh Cedar! ¡Así tuviera yo cien corazones y cien bellezas para devolvete tantas felicidades convertidas en amor!

.....  
Léjos de la claridad importuna, de la luna envidiosa, formaba declive á la orilla del rio un delicioso otero con gigantes-  
cos árboles, arraigados en las ondas, sobre las que inclinaban

su frondoso ramaje. A su fecunda sombra, que alimentaba el terreno y comunicaba grata frescura á las aguas, desarrollábase una vegetacion exuberante llena de perfumes y de colores: los piés se hundian en una alfombra de flores, y Cedar, rasgando aquel verde velo en su marcha, iba apartando las oleadas de follaje como un hombre que nada. Las floridas enredaderas enlazadas á los troncos, trepaban de rama en rama subiendo hasta las copas y cayendo desde allí cual un tejido de verdura, como un cable roto cae de lo alto de un mástil, se entrelazaban parecidas á cables anudados, formando un blando pavimento en el que se hundian los piés: mientras otras enredaderas más modestas se asian á ellas á su vez reuniendo sus guirnaldas. La vid silvestre extendia por doquiera sus pámpanos; de los limoneros caía una lluvia de flores, y las vistosas campanillas, contribuyendo á hacer más compactas las matizadas mallas de aquella red, pendian y acudian en busca de sus racimos separados. Las auras sacudian los ápices de los cañaverales, y las encendidas plumas de las aves más raras, que caian del ramaje donde secaban sus alas, salpicaban aquellas redes con su flotante lluvia; el ala de las mariposas se rompía contra ellas al volar; y un rayo luciente de la velada luna, que pasaba al través del follaje como el chorro de una cascada, argentaba aquellas sombrías bóvedas con misterioso crepúsculo.

La trama de la red temblaba sobre el musgo á impulsos de la brisa más leve como una hamaca de flores; si algun ave se posaba en ella, oscilaba fuertemente, y cada húmedo cáliz destilaba sus gotas en ella. De tan plácida atmósfera se exhalaba con profusion una odorifera nube de estambres de flores, de alas de mariposas, de insectos, de colores, cual de un prado ya maduro hollado por el pié del segador, y los nocturnos céfiros llevaban al través del ramaje la armonía y la frescura de las aguas.

Al vagar el mancebo solitario por las orillas del río, entre todos los secretos de aquella tierra virgen, había descubierto antes que nadie, y admirado con frecuencia los misterios de paz de tan retirado lugar; más de una vez se había tendido en aquella hamaca de flores, cerrando á la luz sus ojos llenos de la sombra amada, y su alma había soñado que en aquel nido de amor escuchaba su paloma sus amorosas frases. Más de una vez le había encontrado la doncella, mientras le buscaba al pié de los troncos de los plátanos, cobijado bajo los arcos de enredaderas, y más de una vez también, entregados á juegos inocentes, al ver á Daidha tendida, entre lirios, en aquella cuna flotante de la que pendían sus cabellos, la había mecido su mano arrullándola dulcemente, mientras ella fingía dormir un momento para echar á correr de pronto y reirse placenteramente de su burlado amante.

No sé qué vago instinto de la mente le impulsó entonces hácia aquel sitio en su fuga insensata. ¿Era un sentimiento ciego del amor que deseaba para tal ventura semejante mansion? ¿Era que, exaltando su alma hasta el culto, temía que el suelo la mancillase, pareciéndole la tierra indigna de tocar á la que hubiera deseado depositar en un cielo? Lo cierto fué que á la manera del torrente que rueda por su cauce, llegó en un instante al verde otero, dejando á Daidha reclinada entre las flores; á su peso la cuna rebosó de perfumes; de los cerrados cálices de las flores manó abundoso bálsamo; las aves adormecidas remontaron el vuelo desde las ramas, y al enredar sus alas en las plantas parásitas de las copas, hicieron caer al suelo cual fresca lluvia las gotas de rocío del follaje.

Cedar se quedó contemplándola enajenado de júbilo y cruzado de brazos, como quien deja un momento su presa para volverla á coger; luégo, acercándose á ella, sentóse á su lado como una madre dichosa junto á su hijuelo dormido; y

apoyando el codo en aquel balsámico lecho que la adorada cabeza de Daidha hundía un tanto con su peso, y cobijando con los ojos su tesoro, olvidóse ¡ay! de que sus piés tocaban todavía esta tierra de lágrimas y de que la luna seguía su curso en el cielo..... Lo que entonces se dijeron, solamente lo oyeron los cálices de las flores y los musgos. Los espíritus, cuyo único sentido es el amor del cielo, se detuvieron envidiosos al oír aquellos mortales acentos; y Cedar, aspirando el cielo en su sonrisa, llegó á creer que el cielo entero consistía únicamente en aquel delirio.

.....

Cuando las horas, que su amor no había tenido para nada en cuenta, hicieron que por el horizonte asomara la tenue luz de la alborada, cuando las doradas nubes se agrupaban por oriente y las crestas de los montes se perfilaban sobre el fondo azulado del firmamento, y cuando la alondra, esa ave envidiosa cuya voz odian los amantes, remontó el vuelo cantando por los bosques, se les oprimió el corazón; y la luz ofendió sus incrédulos párpados, como ofende los del que recibe un golpe en los ojos. Mas por último fuerza fué desprenderse uno de los brazos de otro: Cedar se dejó atar sus lazos, que Daidha besó cien veces al ponérselos, y deslizándose en seguida con furtivo paso entre los troncos de los robles, corrió á meterse en el antro antes que el anciano despertara á Selma. Ella misma ató á las raíces, para engañar á su madre, la trenza que había cortado con los dientes al partir, y suplicando á todos sus dioses que otorgaran protección á su joven esposo, volvió á verle en su corazón al cerrar los ojos.

